

LA AMERICA LATINA EN TRANSICION

Por el *Dr. Maurice HALPERIN.*

III. LAS CONSECUENCIAS SOCIALES Y POLITICAS DE LA INDUSTRIALIZACION EN AMERICA LATINA

A cualquier observador, incluso ocasional, le será obvio que la América Latina pasa por un período de considerables perturbaciones sociales y políticas. Si no fuera por el hecho de que el resto del mundo se encuentra en una profunda crisis, la presente inestabilidad de la América Latina parecería excepcional. Tal como están las cosas, las revoluciones, golpes de Estado, guerras civiles, los motines y diversos actos de represión política que han ocurrido en América Latina desde que la segunda guerra mundial terminó, se presentan como normales dentro de un período en el cual han ardido las grandes guerras de Corea e Indochina, en el que Europa se muestra tensa ante el temor de nuevas y aún mayores guerras, y en el cual el Cercano Oriente y Africa se ven incendiadas por disensiones armadas.

Con esta perspectiva, es fácil desestimar la importancia de los disturbios sociales y políticos que caracterizan el escenario de la América Latina contemporánea. Al propio tiempo, puede a la vez existir la tendencia a apreciar estos disturbios simplemente como las usuales manifestaciones del modo de vida tradicional en la América Latina. Los gobiernos estables, a menos de ser impuestos por los militares, han sido más la excepción que la regla en la historia de estas regiones. La lucha por el poder y por la propiedad, por lo general, ha sido violenta, y los levantamientos de los esclavos y de los campesinos desprovistos de tierras, siem-

pre fueron episodios sangrientos. Es, por ello, que la inestable escena socio-política de hoy aparece, dentro de tales antecedentes, como normal.

Las apariencias son, sin embargo, engañosas; si es cierto que la mayor parte de los ingredientes del pasado se encuentran en los cataclismos sociales y políticos que aún tienen lugar en América Latina, no puede ignorarse la existencia de nuevos factores cuya vigencia aporta características diversas y da un nuevo significado a estos acontecimientos. La industrialización de la América Latina durante los últimos cinco lustros ha permitido que nuevas fuerzas socio-políticas entren en juego. En tanto la inestabilidad política y social de estas regiones se debía en el pasado a la supervivencia de instituciones feudales y coloniales, los actuales problemas de ajuste provienen en su mayor parte del choque que el nuevo desarrollo industrial ha proyectado contra estas instituciones.

* * *

Dos fenómenos demográficos asaz significativos se han visto asociados con la fase contemporánea del desarrollo industrial en la América Latina; ellos son el rápido incremento de la población total y el crecimiento, aún más espectacular, de sus centros urbanos. Durante las últimas dos o tres décadas, la población de la América Latina ha aumentado en proporción substancialmente mayor que la de cualquiera otra gran unidad geográfica del orbe. Para una región escasamente poblada como es la América Latina, esto debe considerarse como un desarrollo favorable; también indica, desde otro punto de vista, un progreso, pues tal como puede precisarse del estudio de las presentes estadísticas vitales, el nivel de nacimientos durante este período no se ha incrementado; por consiguiente, la única explicación del crecimiento de la población es una disminución del nivel de defunciones. La habilidad de una sociedad para prolongar la vida del conglomerado humano que la constituye, es uno de los criterios por los cuales los niveles de vida pueden apreciarse; por lo tanto, el crecimiento de la población en América Latina durante el período de expansión industrial indica la elevación de los niveles de vida.

Sin embargo, con respecto a los problemas diarios de las grandes masas del pueblo, y en particular la población rural, el nivel más alto de supervivencia biológica es quizás el único mejoramiento que pueda observarse en su régimen de vida. El hambre, tal vez un poco menos aguda que antes, es todavía un problema actual, como lo son también los

de la habitación y del vestido. Uno de los factores que explican esta situación se encuentra en la composición de los grupos por edades dentro de la creciente población; comparada con las sociedades industriales más desarrolladas, la América Latina posee lo que se llama una población "joven"; las estadísticas comparativas indican que las probabilidades de vida del niño medio, nacido en la América Latina en 1954, no son mayores que las de 40 años, en tanto, el niño medio nacido este año en los países altamente industrializados de Europa y América del Norte puede esperar alcanzar la edad mínima de 60 años. El resultado de esta probabilidad de vida relativamente baja, combinada con un alto nivel de nacimientos, tiene por resultado concentrar una mayor proporción de la población latinoamericana en los grupos, improductivos en cuanto a su edad, de la infancia y de la niñez. Y es así que hasta cuando el nivel de nacimientos disminuye y el de las probabilidades de vida aumenta, fenómeno que sólo puede encontrarse cuando una sociedad industrial madura ha evolucionado, la población adulta de América Latina encara el problema de tener que sostener un mayor número de niños por cada unidad trabajadora.

Más importante aún es, al explicar la persistencia de bajos niveles de vida ante una producción industrial en aumento, el hecho de que la población de Latinoamérica crece con mayor velocidad que la de su habilidad de proveer a sus necesidades. Tal como indicamos en nuestras pasadas conferencias, la supervivencia de relaciones semif feudales en la tierra y la persistencia del monocultivo han dado por resultado el estancamiento de la agricultura, especialmente la de productos alimenticios básicos.

Según el último informe de la Organización de Alimentación y Agricultura de las Naciones Unidas (FAO), intitulado "Estado de la Alimentación y de la Agricultura en 1954", el problema de la producción agrícola en relación al crecimiento de la población es particularmente agudo en América Latina. Se calcula que la producción agrícola mundial durante los cuatro últimos años ha venido en aumento a razón de casi el 3% anual, mientras que el aumento de la población mundial ha sido alrededor del 1½% anual. Pero si estas son las cifras generales, las de la América Latina cambian: en esta región el aumento de la población ha casi duplicado el aumento mundial, en tanto que el incremento de la producción agrícola ha sido menor que el promedio mundial. Es así como al estudiar la disparidad entre las regiones bien o mal alimentadas, el informe indica

que, mientras en los Estados Unidos la producción “per cápita” de alimentos durante 1953-54 fué mayor en un 17% que la producción antes de la segunda guerra mundial, en el Cercano Oriente, en Europa Occidental y en Africa, la producción no excedió en mucho a la de dicha época; en cambio, en América Latina fué considerablemente menor.

Al mismo tiempo, y no obstante cuan impresionante haya sido el progreso industrial, éste no ha alcanzado aún la posibilidad de crear industrias de producción en masa, las cuales podrían abastecer el mercado con abundantes artículos manufacturados, de bajo precio para el consumidor y concediendo al empresario un pequeño beneficio por cada unidad. Por último, como exportadora de materias primas e importadora de artículos manufacturados, la habilidad de la América Latina de suplir sus deficiencias agrícola-industriales por medio del comercio internacional ha decaído considerablemente, como consecuencia de las razones que apuntamos en nuestras conferencias previas. Las reacciones recíprocas de estos factores han tenido como resultado las frecuentes desvaluaciones monetarias, cuya consecuencia es francamente depresiva sobre el poder de compra (y por consiguiente, el de consumo) de las masas.

Es pues, así, como la América Latina encara el problema de la presión de la población, sin duda una de cuyas causas es la industrialización. Podrá parecer paradójico hablar de presiones de población en un área tan escasamente poblada como es la América Latina, y en la cual las industrias crecen con tanta rapidez; pero el hecho, económicamente hablando, es que la América Latina puede describirse como sobrepoblada, esto es, que constantemente procrea un mayor número de individuos que el que su sistema de producción y distribución puede mantener adecuadamente. Un ejemplo dramático en los efectos de la sobrepoblación económica, y que todos conocéis, es el éxodo en masa de los trabajadores agrícolas mexicanos. Será evidente, sin embargo, que aquí se encuentra sólo una solución parcial y temporal del problema; fundamentalmente, un profundo descontento y un urgente, aunque latente, deseo de cambio continúan realzando la estructura político-social de Latinoamérica, y en este sentido, puede afirmarse que las diversas tensiones y la inestabilidad de la era pre-industrial, se proyectan sobre el período industrial en formas aún más complejas.

* * *

Desde el punto de vista político, las complicaciones fundamentales provienen del crecimiento extraordinario de la población urbana y de su factor primordial, que es la expansión de las industrias manufactureras. Si la población latinoamericana ha aumentado casi en un 3% anual durante la última década, el nivel de crecimiento de las principales ciudades ha sido algo más del doble que el de la población considerada en su totalidad. Prácticamente en todas las Repúblicas latinoamericanas la proporción entre los habitantes rurales y los urbanos ha disminuído considerablemente durante los últimos veinticinco años. En no menos de dos países, siendo ellos Argentina y Chile, la población urbana de hoy es un poco mayor a la rural; si bien no menos de 2/3 partes de todos los latinoamericanos aún viven en el campo, los cambios que han tenido lugar y el progresivo ritmo de urbanización han alterado profundamente el medio social y el equilibrio de las fuerzas políticas en buen número de estas Repúblicas, afectando a la mayor parte de las poblaciones.

La transformación del campesinado en obreros industriales y habitantes de ciudades, ha sido, históricamente hablando, un cambio difícil. Carlos Dickens en Inglaterra, Honorato de Balzac y Emilio Zola en Francia, y después Upton Sinclair y Teodoro Dreiser en los Estados Unidos, documentaron vívidamente por medio de sus novelas, las amargas experiencias que ocurrieron en sus países respectivos al ajustarse el ser humano a los sufrimientos del sistema industrial y a la habitación urbana. En Latinoamérica este ajuste ha sido no menos, sino más difícil; en Europa y Norteamérica la transición fué relativamente gradual y el abismo entre los habitantes rurales y urbanos nunca fué tan grande; máquinas y seres humanos que las atendían, atravesaron a un tiempo por las diversas fases de desarrollo. La posibilidad de obtener las comodidades urbanas, a pesar de la gran diferencia que existía entre las clases media y trabajadora, poco a poco aumentó hasta comprender a toda la población, a medida que el sistema productivo incrementaba su eficiencia. El desarrollo de los sindicatos, inevitable consecuencia de la industrialización, estuvo estrechamente relacionado con el complejo total de cambios sociales, económicos y políticos, los cuales acompañaron el incremento de la capacidad productiva.

En América Latina el campesino que emigra a la ciudad se ve de repente transportado de la Edad Media, o de tiempos aún más remotos,

a la era del avión y de la televisión. El ajuste social y psicológico, aun dentro de las condiciones más favorables, implicaría una tarea hercúlea, pero la verdad es que las condiciones no tienen nada de favorable. En cierto sentido, el recién llegado a la ciudad mejora de situación; por lo general, tiene una fuente de alimentación más estable y un mejor abrigo de los elementos; a cambio de estos beneficios mínimos, se ve sujeto a la mayor disciplina y a las mayores presiones de la existencia urbana. Cualquier empleo que encuentre es más restringido y tiene mayores exigencias que el trabajo agrícola y si bien no en lo físico, emocionalmente es más agotante; separado de su tierra, de su familia y de sus tradiciones, las que en conjunto daban color a su existencia, encara la incertidumbre de la búsqueda de trabajo, de los precios en aumento, de luchas sociales y políticas y de condiciones económicas fluctuantes, con el consiguiente resultado de que vive una profunda sensación de inseguridad.

Esta inseguridad de las masas urbanas, en tanto no pueda aligerarse lo bastante por medio de rápidas mejoras en sus condiciones de vida, se convierte en un factor de la mayor importancia en la era de acelerada transición por la cual pasa hoy día Latinoamérica. Las presiones bajo las que viven, la habilidad y la disciplina, el saber del mundo moderno, cualidades todas que deben adquirir, y la misma congestión bajo la cual trabajan y viven crean una fuerza social que ya ejerce una influencia profunda en la vida política de la región. Puesto que es inconcuso que la mayor concentración de población urbana tiene lugar en las capitales, la proximidad de esta fuerza a la sede del gobierno dentro de las estructuras políticas altamente centralizadas que privan en América Latina, le dan un significado adicional. La revuelta de Bogotá en 1948, que constituyó el ápice de dos años de violencia esporádica en los pueblos y pequeñas ciudades de Colombia, es un ejemplo de cuán precaria es la situación de un gobierno cuando una chispa pone fuego al poder explosivo de las masas de la capital. En este caso, no sólo se destruyó una gran parte de Bogotá, sino que el equilibrio de la política colombiana aún no ha podido superar la fuerza del impacto.

Los componentes de los cuales puede resultar una combustión social espontánea, pueden observarse en muchas ciudades latinoamericanas; el reconocimiento de esta situación sin duda es responsable, hasta cierto punto, del rápido desarrollo de la seguridad social, de la legislación de salario mínimo, de proyectos de habitaciones baratas y de programas de alimentos subsidiados para los trabajadores urbanos; semejante fenó-

meno es apreciable en casi todos los países latinoamericanos, independientemente de la orientación política fundamental de los gobiernos en el poder. En Venezuela, por ejemplo, el programa de seguridad social fué iniciado por el gobierno constitucional y conservador del Presidente Medina, rápidamente aumentado durante el período liberal del régimen de Acción Democrática, y es continuado por los presentes gobernantes militares. Puede decirse un hecho que la tendencia hacia la seguridad social apareció más temprano y adquirió mayor envergadura en algunos de los países latinoamericanos que en ciertas naciones ya industrializadas.

El fenómeno es característico de una asimilación prematura, mas al parecer inevitable, de algunos de los rasgos más adelantados de una sociedad altamente industrializada. La necesidad de que exista la seguridad social es aguda en América Latina, y desde el punto de vista de las necesidades humanas, podría fácilmente incrementarse; sin embargo, el nivel medio del desarrollo económico latinoamericano corresponde a la era que antecedió a la seguridad social en países como Francia, Inglaterra o Suecia. La falta de recursos productivos suficientes y problemas derivados de la falta de eficiencia administrativa, han constituido serios obstáculos en la ejecución de los programas de seguridad social latinoamericanos. Además, el peso de los gastos de seguridad social sobre los presupuestos gubernamentales ha sido un factor esencial en la inflación de la moneda, la que a su vez trae consigo un incremento en el costo de la vida, el cual por su parte hace nugatorios algunos de los beneficios de la seguridad social. Tal como sucede con otros medios y mecanismos ligados con el crecimiento industrial y urbano de la América Latina, y en vista de las condiciones especiales que afectan este crecimiento, este programa tiende a crear tantos problemas como los que resuelve.

Directa e indirectamente, el desarrollo de los sindicatos ha sido una de las influencias decisivas en el modelamiento del nuevo equilibrio de fuerzas socio-políticas que provienen de la industrialización de la América Latina. La acción económico-política directa, por una parte, y las potencialidades eternamente presentes de acción semejante, por la otra, ejercen presiones constantes sobre los gobernantes. Es claro que ésta no es una situación peculiar a la América Latina, pues en todos los países la organización de los sindicatos se ha visto tan íntimamente asociada con la industrialización como lo está el mismo proceso manufacturero. Pero, e insisto, dado el período histórico en el cual la transformación so-

cio-industrial se lleva a cabo, y dada la proyección en este período de instituciones y conceptos anteriores al mismo siglo XIX, el ajuste de las relaciones entre los sindicatos y otros sectores de la sociedad, ha sido un proceso más complejo que el que ocurrió en períodos históricos semejantes, que se hallan en el desarrollo de comunidades industriales más antiguas.

En estas comunidades, al menos hasta que, como resultado de dos guerras mundiales, se alteró el relativo equilibrio que habían alcanzado, se facilitó el ajuste por dos causas: el desarrollo de sistemas parlamentarios, aceptados por lo general y con actividades funcionales, que poseían la suficiente flexibilidad para adaptarse a las diversas presiones de los sindicatos y las contrarias de los grupos patronales; la segunda, la eficiencia y productividad constantemente creciente de su maquinaria industrial, así como mercados domésticos y extranjeros que permitieron un aumento de los salarios y también de los beneficios. Es claro que la violencia estuvo presente en este proceso, y que el desarrollo general económico se interrumpió frecuentemente por períodos de recesión; pero todos estos choques pudieron absorberse sin alterar el sistema básico de ajustes y procedimientos de carácter político.

En la América Latina, debido a la supervivencia en gran escala de instituciones feudales y semif feudales, el sistema parlamentario no ha podido madurar con la rapidez suficiente para dar una base estable que permita resolver grandes disputas de carácter social o económico. En realidad, en la mayor parte de las Repúblicas el sistema representativo se encuentra aún en un estado de desarrollo bien rudimentario, y por consiguiente se interrumpe con frecuencia. Al propio tiempo, los problemas económicos especiales implícitos en el desarrollo de la América Latina producen presiones socio-políticas que pondrían a prueba aun aquellos gobiernos parlamentarios que gozan de la mayor madurez. Que estos sistemas degeneran e incluso dejan de existir cuando las condiciones son suficientemente desfavorables, lo demuestra con amplitud la historia de los últimos treinta años en países fuera de la América Latina. Este mismo hecho ha complicado el proceso de ajuste en la América Latina, la cual ha sentido la influencia del fascismo y de las ideas socialistas, las que, independientemente de sus diferencias fundamentales, niegan que el sistema estatal parlamentario y de libre empresa sea capaz de resolver los problemas actuales.

* * *

Durante la presente fase de crecimiento industrial y urbano, ni las masas urbanas desorganizadas ni los sindicatos han constituido los factores esenciales en la vida política de la América Latina. En un grado muy amplio, la iniciativa política ha descansado en las nuevas clases medias. Su crecimiento se vió impedido en alto grado durante el período colonial y el siglo XIX; tal como lo indicamos, se desarrolló rápidamente durante la primera guerra mundial, especialmente después de la depresión mundial de 1930. Si bien no es un grupo homogéneo, posee suficientes intereses comunes para tener cierto grado de cohesión y efectividad política.

Es así, como iniciándose con el triunfo de la Unión Cívica Radical en la Argentina, en 1916, una serie de cambios políticos tuvieron lugar en toda la América Latina, predominantemente bajo la dirección de grupos que tenían una orientación de clase media. La elección de Obregón en México en 1920; la de Alessandri en Chile el mismo año; la victoria del Partido Liberal en Colombia en 1930, y la revolución que acaudilló Getulio Vargas en el Brasil el propio año; la caída de la dictadura de Machado en Cuba en 1933; del régimen de Ubico en Guatemala en 1944, y de la oligarquía post-gomecista, en Venezuela en 1945, son todas manifestaciones del nuevo clima político que predominó en la América Latina. Lo propio puede decirse del nacimiento del APRA en el Perú durante los años de 1930 y principios de la subsiguiente década, y de las dos revoluciones que llevaron al Movimiento Nacionalista Revolucionario al poder en Bolivia, en 1943 primero, y después en 1952.

Todos estos nuevos regímenes y movimientos, a pesar de sus características regionales diversas y la forma también diversa como alcanzaron o trataron de alcanzar el poder, tienen ciertos principios comunes. Favorecen los intereses de la industria doméstica, la diversificación y modernización de la economía nacional y el desarrollo de los recursos nacionales bajo auspicios domésticos. Por lo general, favorecen también la reforma agraria a pesar de que sólo en raros casos hicieron algún progreso en este sentido. A diferencia de los gobiernos y grupos políticos cuyo poder estaba fundado principalmente sobre los latifundistas, reconocieron en mayor medida las necesidades de las masas y su poder político potencial. En lo particular, tuvieron una sensibilidad excesiva

para aquellas presiones que provenían de las masas urbanas, especialmente de los sindicatos. El apoyo de las masas fué un elemento importante para alcanzar y consolidarse en el poder. El lenguaje de la reforma popular, aunque no siempre su contenido, el arte de la persuasión a través de la prensa y el radio, se convirtieron en instrumentos nuevos y poderosos en las luchas políticas de los tiempos presentes.

Ejemplos eminentes de este nuevo tipo de liderato político de las clases medias que ha surgido en América Latina lo constituyen figuras como Gaitán en Colombia, Vargas en Brasil y Perón, que aún gobierna la Argentina.¹ Hablaron directamente al pueblo, en un lenguaje que éste entendió, corporizando sus quejas e identificándose con las grandes multitudes de los humildes y postergados. Recuerdo por ejemplo haber conversado con una recamarera en un hotel de San Pablo hace unos cinco años. “Antes de que llegara Getulio, me dijo, éramos esclavos; menos aún, éramos basura. Getulio nos reconoció como seres humanos, nos trató como iguales, nos dió dignidad”. Este fué el Getulio, cuyo espectro obsesiona aún al Brasil, que en 1937 creó el “Estado Novo”, réplica del Estado Corporativo de Mussolini. Y tal fué el origen del poder de Gaitán, quien pasó algún tiempo en la Italia de Mussolini y retornó a su patria cautivando a las masas colombianas en forma jamás antes alcanzada; y fué su asesinato el que originó la destructora revuelta bogotana a la que antes nos referimos. Y Perón, quien acompañó a los ejércitos de Mussolini en su invasión de Francia, también edificó su poder político sobre aquellos a quienes cariñosamente identifica como sus “descamisados”.

La orientación política y la técnica que estas figuras sintetizan (a pesar de que sólo podemos imaginar lo que Gaitán hubiera hecho, puesto que su carrera fué truncada muy temprano), tipifican las tendencias que existen en una forma más o menos desarrollada a través de toda la América Latina. Representan una solución atractiva a uno de los problemas fundamentales que encara una expansiva clase media de empresarios y de posibles empresarios, y que no es otra que el ajustar sus relaciones con las masas urbanas igualmente en crecimiento. En esencia, la solución es la de asumir la iniciativa organizando estas masas, y anticipando así a las presiones que de ellas provienen, manteniendo cierta medida de disciplina y de control sobre ellas, especialmente en lo que respecta a los sindicatos.

1. Año de 1954.

Esta orientación política ha encontrado muchos obstáculos; por supuesto que ha sido atacada por los latifundistas, quienes aún conservan sólidas posiciones en la mayor parte de las Repúblicas latinoamericanas. Ha encontrado, asimismo, oposición por parte de los sindicatos cuando sus conquistas económicas se ven nulificadas por la inflación. Pero también ha sido contrarrestada por sectores de las clases medias quienes opinan que las concesiones hechas a las clases trabajadoras, en cuanto a beneficios de seguridad social, salarios mínimos, etc., son costosos, y quienes consideran que el decidido estímulo a los apetitos y ambiciones de las masas encierran un riesgo que no se ve compensado por el carácter de los controles existentes. Además, un pequeño sector de la clase de los empresarios preferiría arriesgarse, apoyando el desarrollo de sindicatos independientes, el de los consecuentes partidos políticos que estén con ellos asociados, sobre la base de un programa común que eliminaría rápidamente los obstáculos feudales a la expansión de los negocios, y otorgaría una mayor protección a las empresas nacionales de la competencia extranjera.

Es así como el procedimiento de ajuste en las internas relaciones sociales durante el presente estado de desarrollo industrial en la América Latina ha sido excesivamente difícil. Hasta que este desarrollo pueda producir una economía de mayor abundancia y más amplia capacidad distributiva, se pospondrá el advenimiento de instituciones políticas relativamente estables, fundadas sobre el consentimiento común y capaces de mediar en conflictos sociales sin recurrir a la violencia o a la amenaza de violencia. El plazo de espera es, por supuesto, doloroso, pero lo que es significativo es que la América Latina pasa por una transformación creadora, y no se ve sujeta a una desintegración carente de todo significado; la industrialización y la urbanización sólo pueden tener, como único resultado, una nueva unidad y cohesión sociales.

* * *

Quizás el síntoma más importante de la cohesión y unidad que ahora encarnan en la América Latina es el ascendente del nacionalismo. Si bien sus raíces pueden encontrarse en las guerras de independencia, sus manifestaciones fueron débiles y esporádicas hasta que la industrialización creó la posibilidad y precisó la urgencia de un desarrollo nacional. Para aquellas regiones que se desarrollaron en los períodos primitivos

de la revolución industrial, el crecimiento nacional con frecuencia implicó una política de mercados mundiales en auge, de posesión de seguras fuentes de materias primas en el exterior, de obtención de posesiones coloniales, así como de intensa rivalidad con otras sociedades industriales en proceso de desarrollo. En la América Latina, tal como ocurre en las otras regiones subdesarrolladas del mundo, el nacionalismo tiene por objeto fundamental el logro de un mayor grado de autosuficiencia e independencia económicas, y, por consiguiente, coincide con una ejecución más efectiva de la soberanía política nacional en el campo de las relaciones internacionales.

El nacionalismo tiende a imponerse a través de los conflictos domésticos y concede un interés común a todos los sectores de la sociedad. Sin duda que existen reticencias al nacionalismo, a veces lo bastante fuertes para desviar, e incluso socavar políticas nacionalistas. Sin embargo, la fuerza primordial de aquellos que se oponen al nacionalismo en Latinoamérica descansa en bases fuera de la región, los cuales pueden obstruccionar, pero no alterar un movimiento creado por su industrialización y, por consiguiente, enraizado en las realidades de la propia región geográfica.

El nacionalismo en la América Latina tiene todavía otro significado. Así como el proceso industrial mejora las comunicaciones y rompe el aislacionismo dentro de cada república —a medida que la población incrementa, que las ciudades crecen y las escuelas se multiplican—, la importancia de la patria chica desaparece dejando su lugar a la conciencia nacional. El campesino cuya única lealtad era la de su pueblo, o el indio que ni siquiera hablaba el idioma nacional, se identifican con el Estado nacional en el cual viven, se incorporan en la corriente de la cultura nacional y ésta, a su vez, comienza a mostrar los efectos de su incorporación. El artista y el escritor dejan de ser ornamentos de salones amueblados con gusto extranjero y pasan a formar parte de la gran masa de ciudadanos. Los valores nacionales (música, artes domésticas, apreciación de bellezas naturales o filosofía), alcanzan una importancia que antes se concedía únicamente a valores extranjeros. Así se desarrolla un sentido de orgullo y dignidad nacionales, el cual alcanza un grado más intenso y una escala más amplia de lo que era posible antes de que se iniciara la industrialización; y todo esto presta un estímulo asaz significativo, en cuanto a ideología y emociones, al nacionalismo político-económico.

* * *

En conclusión, podría pretender resumir las principales consecuencias socio-políticas de la industrialización latinoamericana en la siguiente forma: 1. El crecimiento de la población que ha sobrepasado el incremento de la producción; 2. Un pronunciado traslado de la población de las áreas rurales a los centros urbanos; 3. La aparición de las masas urbanas, en especial los sindicatos, como significativos factores en el equilibrio del poder político; 4. La elevación de las clases medias a posiciones preeminentes en la dirección de asuntos políticos, y 5. El desarrollo del nacionalismo como una fuerza económica, política y cultural.

Estos fenómenos, en unión de los datos fundamentales de la industrialización, son los que caracterizan la transición por la que pasa Latinoamérica a mediados del siglo xx. Condicionada por la historia y geografía de la región, por la crisis mundial que la envuelve, su choque sobre el escenario latinoamericano ha sido áspero y poco tranquilizador. Sin embargo, el sentido de la transición ha sido definido lo suficiente, de modo que podemos asegurar que la América Latina no es arrastrada hacia el caos. Los dolores del parto son agudos, pero después de ellos vendrá una nueva estabilidad fundada sobre una capacidad productiva considerablemente aumentada, y sobre un sentido maduro de realizaciones nacionales.